



ARZOBISPADO
DE SANTIAGO

MONSEÑOR CRISTIÁN RONCAGLIOLO PACHECO
HOMILÍA FIESTA DE LA DIVINA MISERICORDIA
TRANSMISIÓN ONLINE RRSS Y EMOL.COM
ARZOBISPADO DE SANTIAGO

Queridos hermanos,

Según una antigua tradición, este domingo se llama domingo 'in Albis'. En este día, los neófitos de la Vigilia pascual se ponían una vez más su vestido blanco, símbolo de la luz que el Señor les había dado en el bautismo. Después se quitaban el vestido blanco, pero debían introducir en su vida diaria la nueva luminosidad que se les había comunicado; debían proteger diligentemente la llama delicada de la verdad y del bien que el Señor había encendido en ellos, para llevar así a nuestro mundo algo de la luminosidad y de la bondad de Dios.

El Santo Padre Juan Pablo II, en su pontificado, quiso que este domingo 'in Albis' se celebrara como la fiesta de la Misericordia Divina, señalando que en la palabra 'misericordia' encontraba sintetizado y nuevamente interpretado para nuestro tiempo todo el misterio de la Redención.

1. En el Evangelio de hoy, el apóstol Tomás experimenta precisamente esta misericordia de Dios, que tiene un rostro concreto, el de Jesús resucitado. Tomás no se fía de lo que dicen los otros Apóstoles: "Hemos visto el Señor"; no le basta la promesa de Jesús, que había anunciado: al tercer día resucitaré. Quiere ver, quiere meter su mano en la señal de los clavos y del costado. ¿Cuál es la reacción de Jesús? La *paciencia*: Jesús no abandona al terco Tomás en su incredulidad; le da una semana de tiempo, no le cierra la puerta, espera. Y Tomás, en el encuentro con el Resucitado reconoce su propia pobreza, la poca fe y se deja envolver por la misericordia divina, la ve ante sí, en las heridas de las manos y de los pies, en el costado abierto, y recobra la confianza: es un hombre nuevo, ya no es incrédulo sino creyente.
2. Resulta muy sugerente lo que Jesús dice a Tomás: "¿Porque me has visto has creído? Bienaventurados los que crean sin haber visto" (v. 29). ¿Y quiénes eran los que habían creído sin ver? Otros discípulos, otros hombres y mujeres de Jerusalén que, aún no habiendo encontrado a Jesús Resucitado, creyeron por el testimonio de los Apóstoles y de las mujeres. Esta es una palabra muy importante sobre la fe; podemos llamarla, como ha enseñado Francisco, la *bienaventuranza de la fe*. Bienaventurados los que no han visto y han creído: ¡ésta es la bienaventuranza de la fe! En todo tiempo y en todo lugar son bienaventurados aquellos que, a través de la Palabra de

Dios, proclamada en la Iglesia y testimoniada por los cristianos, creen que Jesucristo es el amor de Dios encarnado, la Misericordia encarnada. ¡Y esto vale para cada uno de nosotros!

3. Hay un detalle que no podemos soslayar. En esta fiesta de la Divina Misericordia el anuncio más hermoso se da a través del discípulo que llegó más tarde, quien proclama la fe: "Señor mío y Dios mío". Sólo él faltaba, Tomás, pero el Señor lo esperó. La misericordia no abandona a quien se queda atrás. Ahora, mientras esperamos una lenta y ardua recuperación de la pandemia, se insinúa justamente este peligro: olvidar al que se quedó atrás, desentendernos de los más frágiles, de los pobres y excluidos. El riesgo es que nos golpee –como dice el Papa– un virus todavía peor, el del *egoísmo indiferente*, que se transmite al pensar que la vida mejora si me va mejor a mí, que todo irá bien si me va bien a mí. **Pero esta pandemia nos recuerda que no hay diferencias ni fronteras entre los que sufren: todos somos frágiles, iguales y valiosos. Que lo que está pasando nos sacuda por dentro. Aprendamos de la primera comunidad: "tenían un solo corazón y una sola alma"**. En efecto, la adhesión al Señor Resucitado generaba una comunión viva y vital que hacía de la comunidad un lugar de acogida, un espacio donde se manifiesta el amor y el compromiso de caridad que moviliza no solo la vida interior sino que empuja a la misión. El amor que se tiene los dinamiza a caminar juntos, a vivir en salida hacia las periferias para anunciar a otros el kerigma de la salvación.
4. En esa comunidad, después de la resurrección de Jesús, sólo uno se había quedado atrás y los otros lo esperaron. Actualmente podemos correr el riesgo inverso: un grupo pequeño avanza mientras la humanidad entera se queda atrás. Santa Faustina, después de haberse encontrado con Jesús, escribió: "En un alma que sufre debemos ver a Jesús crucificado y no un parásito y una carga... [Señor], nos ofreces la oportunidad de ejercitarnos en las obras de misericordia y nosotros nos ejercitamos en los juicios» (*Diario*, 6 septiembre 1937). Pero un día, ella misma le presentó sus quejas a Jesús, porque: ser misericordiosos implica pasar por ingenuos. Le dijo: «Señor, a menudo abusan de mi bondad», y Jesús le respondió: «No importa, hija mía, no te fijes en eso, tú sé siempre misericordiosa con todos» (24 diciembre 1937). Con todos, no pensemos sólo en nuestros intereses, en intereses particulares. **Aprovechemos esta prueba como una oportunidad para preparar el mañana de todos, sin descartar a ninguno: de todos. Porque sin una visión de conjunto nadie tendrá futuro.**
5. ¿Cómo saborear este amor, cómo tocar hoy con la mano la misericordia de Jesús? Nos lo sugiere el Evangelio, cuando pone en evidencia que la misma noche de Pascua (cf. v. 19), lo primero que hizo Jesús apenas resucitado fue dar el Espíritu para *perdonar los pecados*. Para experimentar el amor hay que pasar por allí: dejarse perdonar. Por ello, pidamos al señor la gracia de crecer en la conciencia de que somos pecadores mendigos de la misericordia; de que necesitamos ser perdonados por el Señor, que requerimos de la humildad necesaria

para acudir a suplicar el don del perdón sacramental que reconstituye el corazón a partir de la misericordia.

6. De la mano del perdón está el don de la paz. "Paz a vosotros" (v. 21). Jesús resucitado trae a sus discípulos el saludo de la paz; es la misma paz, que esperan los hombres de nuestro tiempo. No es una paz negociada, no es la suspensión de algo malo: es *su* paz, la paz que procede del corazón del Resucitado, la paz que venció el pecado, la muerte y el miedo. **Es la paz que no divide, sino que une; es la paz que no nos deja solos, sino que nos hace sentir acogidos y amados; es la paz que permanece en el dolor y hace florecer la esperanza.** Esta paz, como en el día de Pascua, nace y renace siempre desde el perdón de Dios, que disipa la inquietud del corazón. Ser *portadores de su paz*: esta es la misión confiada a la Iglesia en el día de Pascua. Hemos nacido en Cristo como instrumentos de reconciliación, para llevar a todos el perdón del Padre, para revelar su rostro de amor único en los signos de la misericordia.

Así, en este día de gracia recordamos la certeza de que la misericordia de Dios es eterna, no termina, no se agota, no se rinde ante la adversidad y no se cansa jamás. En este 'para siempre' de la misericordia, como nos reseña el salmo, encontraremos consuelo en los momentos de prueba y de debilidad, porque estamos seguros de que Dios no nos abandona; y encontramos esperanza, porque el Señor permanece con nosotros para siempre y nos anima para continuar nuestra peregrinación

Que la Virgen María, Madre de misericordia, nos auxilie en este camino y nos lleve a proclamar las grandezas del Señor